

Los poetas de Carlos V

Todo momento imperialista tiene sus poetas; recordemos a Horacio y Virgilio cantando en odas y églogas al divino Augusto; su nacimiento, sus campañas, la paz, las reformas. También rodeó a Carlomagno un ciclo de cantares de gestas; fieles y traidores, Bernardo del Carpio y Ganelón, Rolando y Turpín; la epopeya francesa más exaltada contó sus años como siglos y sus victorias como estrellas.

Carlos V, nuevo César, inspira también heroicos sonetos en aquel momento de nuestra literatura en que los españoles quedan deslumbrados por las dulces resonancias de la lírica italiana, musical y expresiva. El más importante de todos fué el toledano Garcilaso de la Vega, el guerrero heroico que comenzó luchando en las Comunidades y siguió peleando en la defensa de Rodas, contra Francia, contra Barbarroja en Túnez. Podemos contemplar esta magnífica expedición en un tapiz de la monumental exposición del IV Centenario de Carlos V en Santa Cruz de Mendoza.

Desde la Goleta escribe un soneto a su amigo Boscan:

Entre las armas y el furor de Marte,
que con su propia sangre el africano
suelo regando hacen que el romano
imperio reverdezca en esta parte.

Tienen los adjetivos de este cuarteto la fuerza artística del tapiz envuelto en furor de Marte y en sangre africana. Impresionado por la majestad de Carlos V en su coronación, escribe en su Segunda Egloga, refiriéndose al Duque de Alba:

Con amorosos ojos adelante,
Carlos, César triunfante, le abrazaba,
cuando desembarcaba en Ratisbona.

Allí por la corona del Imperio
estaba el magisterio de la tierra
convocado a la guerra que esperaban.

Fiel a su sino heroico, Garcilaso muere peleando por Carlos V cuando se disponía a asaltar el castillo de Muey, en Provenza, el 14 de Octubre de 1536.

Otro poeta soldado es Gutierre de Cetina, apasionado como Garcilaso; luchó en los victoriosos ejércitos de Carlos V en Alemania e Italia; inmortalizó la belleza juvenil y serena de Laura de Gonzaga en

el más famoso de los madrigales:
«Ojos claros, serenos...»

Si a Garcilaso le impresiona la mirada triunfante y amorosa de Carlos V, a Gutierre de Cetina le seduce el hombre que logró

El vencer tan soberbios enemigos,
sujetar tantos monstruos, tanta gente,
con el valor que el cielo en vos derrama

Al siglo por venir serán testigos
del honor que dará perpetuamente
a Carlos V Máximo la fama.

Gutierre de Cetina, cantor, de hierros, saetas, lanzas y muros, nos recuerda en sus versos las pinceladas de Tiziano, con el Emperador a caballo, vestido con aquellas «armas, las más hermosas que se pueden pintar», como él decía al Príncipe de Ascoli en su Epístola XII.

Hernando de Acuña fué también soldado del Emperador en las campañas de Alemania; fué preso en la batalla de Ceresola; luchó a las órdenes del Marqués del Vasto en las guerras del Piamonte y cronológicamente supera la vida del Emperador, para seguir luchando como capitán de los Tercios en tiempos de Felipe II. Es famoso su soneto lapidario:

Ya se acerca, señor, o es ya llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor sólo en el suelo
por suerte a nuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo,
y anuncia al mundo para más consuelo,
un monarca, un imperio y una espada.

Ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra monarquía
conquistada por vos en justa guerra,
que a quien ha dado Cristo su estandarte
dará el segundo más dichoso día
en que vencido el mar, venza la tierra.

Muerto el Emperador, siguieron cantando los dramaturgos sus obras en el teatro; los cronistas, sus hazañas en los libros; a muchos les impresionó el retiro de Yuste, pero ya son fases desplazadas de su época.

EL SANTO Y EL CESAR



Santo Tomás de Villanueva fué predicador de su majestad el Emperador, a quien oía con tanto gusto, que le tenía ordenado avisase donde predicaba, porque quería oírle siempre que pudiese.

Avisó que predicaba un día en su casa en Valladolid; y el César, codicioso de oír al Santo, fué muy temprano; y a esperar la hora del sermón se entró con los grandes en el claustro, diciendo al portero:

—Decidle a fray Tomás, que estoy aquí, que baje.

Fué el portero, y respondió con el Santo a la majestad Cesárea que estaba estudiando; que si había de predicar, que no podía bajar; y que si bajaba, no predicaría.

Pareció a los que acompañaban al Emperador despego y descortesía, y diciéndolo así a entender, obligando a que su majestad dijese:

—A mí me ha edificado lo que a vosotros os ha escandalizado; y quisiera yo mucho que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad y tan despegados de la grandeza como fray Tomás.—FRANCISCO DE QUEVEDO.



CLEMENTE PALENCIA

Académico Numerario de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.